La creencia sobrenatural y la creencia intelectual

El hombre es un animal creyente. Donde hay vida humana, la creencia existe: es uno de los hechos esenciales de nuestra naturaleza. La constitución de nuestro ser moral é intelectual confirma la necesidad de creer. La creencia atrae hacia si, con fuerza singular, todas nuestras sensaciones, todas nuestras ideas, y las subordina á síntesis atrevidas que les renuevan su vigor. Es ella, -la creencia, -el ideal, vago ó preciso, que flota ante nuestro pensamiento y que querríamos nosotros apropiarnos. Es preciso creer en algo: vivir es creer! El hombre sólo vive porque cree. Dejaríamos de ser hombres si dejáramos de creer. Esa imperiosa necesidad no puede soportar una duda prolongada, una larga vacilación. Impulsa ella al hombre á las afirmaciones aventuradas, á complacerse en una perezosa incertidumbre, á aceptar autoridades sospechosas, y asimismo á sentir temor de todo serio análisis que pueda revivir sus dudas ó aniquilar sus creencias. Y se originan ahí la turbación y las angustias que sufre la conciencia cuando vacila, cuando cae el edificio de sus convicciones, á los golpes de una crítica despiadada ó á causa del trabajo silencioso de una obstinada é invencible duda.

La duda no es la ausencia de la fe: es la incertitud; la incertitud no es el no creer: es la creencia insuficiente. No es la duda una tentativa del pensamiento para esquivar á la vez la afirmación y la negación; es el temor, ora de no creer, ora de creer atrevidamente; es una actitud origninal que se asume entre el sí y el no. Si la certeza es un punto fijo, la duda puede ser un paso hacia ella, un manto de pasajera vacilación con el cual se cubre una creencia naciente.

No podría ser suprimida la creencia de la vida humana, sin que fuera paralizado su desarrollo. Sin la creencia sólo es el hombre un pedazo de sí mismo, despojado de lo más noble que hay en él, la inteligencia. No podría evolucionar, no podría vivir. Imposible le sería satisfacer las infinitas aspiraciones de su vida moral, si no creyera en la finalidad de esas aspiraciones. La creencia es la justificación de la actividad que nos une al universo; ella nos concilia con la vida y es quien constituye la seriedad, la civilización, la humanidad.

La creencia es la conciencia misma del hombre y de todo grupo humano. Un individuo, un pueblo sin creencia serían una abstracción imposible, ya que ello implicaría la ausencia de todo deseo moral é intelectual. Fuera de sus instintos, equé quedaría del hombre si se le privara de la creencia? Sin ella no sería capaz de explicarse esos instintos, de dominarlos, de regularizarlos, de llegar á hacer, más ó menos, su amo. Permanecería aislado de sus semejantes, porque es la creencia quien une á los hombres entre sí. A medida que las agrupaciones naturales de los hombres se constituyen, ella las anima, las impulsa, las fortifica para luchar y

seguir hacia adelante.

La creencia se origina en el hombre mismo. Han sido la inquietud y el interés que su propia existencia le inspiran, quienes lo han encaminado á buscar cuáles son su naturaleza y su destino, su origen y su fin. No ha podido el hombre creer resignadamente que que su vida sea poco duradera, y no siéndole posible tampoco atribuir el origen de ella á su propio ser, lo ha buscado fuera de él, lejos de su persona. Emanan de allí, según la influencia de climas y lugares, todas sus invenciones de divinidades y sus creencias religiosas. Dios no es más que un pensamiento del hombre. Fetichismo, magia, teurgia, no son más que términos empleados para procurar hacer más sensibles las divinidades y aumentar la comunión con ellas. La imaginación se excita poco á poco; y para llenar su necesidad de inmediata apercepción, inventa métodos más ó menos extraordinarios. Es el hombre un